

Algunos consejos para ayudar a tus alumnos a mejorar su escritura

Joe Miró

1. Introducción

Al leer el primer trabajo de tus alumnos es posible que haya algunas cosas que te den dentera:

Dentera #1: Tremendos y abundantes errores de ortografía y gramática. No te preocupes, tiene fácil solución: no los toleres.

Dentera #2: Fragmentos horrendos como:

Debido al tráfico de datos generado por la escritura habrá colas, esto provocará que baje el rendimiento, a no ser que haya un *buffer* de escritura (en este caso se complicará el diseño). En cambio, con *write-back* el tráfico de datos a memoria es menor (aunque esto no es siempre así, una cache pequeña con un tamaño de bloque grande, con *write-back* puede dar un tráfico mayor que con *write-through*). El inconveniente que tiene el *write-back* es que la única copia válida de un dato es la que está en la cache.

Y no tiene por qué ser una frase muy larga...

Actualmente se tiende a agilizar la vida a un ritmo vertiginoso.

Este tipo de frases tan feas se arregla en gran parte con reescrituras, es decir trabajo (y buen gusto...). Hay muchas normas que pueden ayudar al alumno a mejorar sus frases. Veamos algunas.

2. Sobre las palabras y frases

Usa un término para cada concepto: Repetir palabras no es un problema grave. Mucho más es usar *automóvil* y *vehículo* en el mismo documento y dejar al lector con la negra duda si te estás refiriendo a lo mismo o no. Usa un término para cada concepto distinto.

Usa las palabras correctamente: Por un lado, no les inventes significados. ‘Importante’ no significa *mucho* o *grande*, por lo tanto expresiones como “Una cantidad de goles importante” (que desgraciadamente oímos tantas veces) no tienen mucho sentido. Por otro lado, no uses una palabra para todo. No uses ‘eficiente’ para usos tan distintos como *rápido*, *pequeño*, o *de bajo coste*.

No te inventes palabras nuevas (aunque las oigas por la televisión): Considera el siguiente texto:

Existe un gran confusionismo en las últimas semanas en el mundo sanitario y este confusionismo se debe a informaciones deficientes y una de estas desinformaciones es la que sufren aquellos sanitarios que identifican la institución A con la compañía B.

Sujeto corto, predicado largo: Una frase puede ser larga, pero si lo es, el sujeto debe ser corto, y la gramática, simple.

Cuidado con los principios y finales de las frases: Los inicios de frase sirven para:

- (1) Hacer una transición suave: *y, pero, en segundo lugar...*
- (2) Ayudar a los lectores a que evalúen lo que sigue: *afortunadamente, desde este punto de vista, por desgracia...*
- (3) Localizar en el tiempo y en el espacio: *en el Norte de Europa, en la actualidad...*
- (4) Introducir la idea de la frase, que llamaremos *el concepto*.

El punto más importante es el último y los tres primeros deben estar subordinados a él. No debéis escribir algo del estilo de:

Por consiguiente, es importante observar que desde un punto de vista práctico las tendencias actuales en la industria del automóvil están variando demasiado rápidamente.

Dos principios:

- (1) Pon en el *concepto* cosas que ya has mencionado, o que son sabidas, dejando el material nuevo para el final de la frase

(2) Mantén los conceptos de un fragmento consistentes (y no uses muchos)

La parte final de la frase es la zona *enfática*. Aquí es donde tiene que aparecer lo nuevo e importante que estás diciendo en esta frase. Haciendo esto, además de aumentar la coherencia de tu escrito, consigues una prosa más fluida. Considera el texto siguiente:

Algunas de las cuestiones más asombrosas sobre la naturaleza del universo han sido hechas por los científicos que estudian la naturaleza de los agujeros negros. El colapso de una estrella muerta a una pequeña bola, quizá no mayor que una canica crea un agujero negro. Tanta materia comprimida en tan poco volumen cambia la esencia del espacio que le rodea en formas profundamente desconcertantes.

Este texto no fluye, es un tanto saltarín. Vemos que en la segunda fase, está al revés: el concepto es nuevo, mientras que la zona enfática contiene información conocida. Dándole la vuelta obtenemos:

Algunas de las cuestiones más asombrosas sobre la naturaleza del universo han sido hechas por los científicos que estudian la naturaleza de los agujeros negros. Un agujero negro es creado por el colapso de una estrella muerta a una pequeña bola, quizá no mayor que una canica. Tanta materia comprimida en tan poco volumen cambia la esencia del espacio que le rodea en formas profundamente desconcertantes.

Otro fallo al no usar bien las dos partes importantes de la frase es que la frase flojea. Por ejemplo:

La puesta en marcha del FIVA (Fichero Informático de Vehículos Asegurados) es ya una realidad, bajo la responsabilidad directa del Consorcio de Compensación de Seguros.

Lo novedoso, lo que quiere contar el autor es que ya está en marcha el FIVA. Todo lo que va detrás de la palabra *realidad*, molesta, hace que la frase se hunda como un suflé pasado. Si tienes este problema puedes:

- Podar el final de la frase
- Desplazar información poco importante a la izquierda
- Desplazar información importante a la derecha
- Partir la frase en dos (o tres).

En este caso lo cambiamos a:

La puesta en marcha del Fichero Informático de Vehículos Asegurados (FIVA), bajo la responsabilidad directa del Consorcio de Compensación de Seguros, es ya una realidad.

Esto está mejor, pero el sujeto es demasiado largo. En este caso lo resolvemos dándole a vuelta a la frase:

El Consorcio de Compensación de Seguros ya ha puesto en marcha el Fichero Informático de Vehículos Asegurados (FIVA).

No uses parapetos: Uno de los motivos por el cual se crean frases confusas es que el escritor, por inseguridad, tiene una actitud defensiva. Típicamente se hace con el añadido de ‘expresiones parapeto’ detrás de las cuales puedes escurrir tus afirmaciones. Expresiones parapeto típicas son ‘es posible que’, ‘tiende a’, ‘se dice que’, ‘entre otras’, etc. Veamos un primer ejemplo:

La velocidad parece que mejorará poco y por esto se ha intentado encontrar nuevas tecnologías más rápidas, como pueden ser la utilización de DRAM como discos.

En esta frase tenemos tres parapetos. Empezamos con una velocidad que *parece que* mejorará, después sólo se *intenta* encontrar tecnologías más rápidas, y finalmente los DRAM *puede ser* que sean una de estas tecnologías. Siendo algo más valientes mejoramos mucho la frase:

La velocidad mejorará poco y por esto se han encontrado nuevas tecnologías más rápidas. Un ejemplo es la utilización de DRAM como discos.

3. Párrafos

Respetar las partes de un párrafo: Para que un fragmento sea un párrafo debe tener una idea a desarrollar, que llamaremos el *tema* del párrafo, y el desarrollo del tema, al que llamaremos la *discusión*. Esta división en una parte introductoria y un desarrollo posterior no es arbitraria, ni es una abstracción en la mente del autor, sino es lo que espera encontrar el lector, lo sepa o no. Si nuestros párrafos

no constan de estas dos partes el lector va a encontrarse confuso y ni va a entender ni va a disfrutar nuestro escrito todo lo que podría. El tema está al principio del párrafo, a menudo es la primera frase, pero también ocupa muchas veces dos o tres frases. Todo el resto es la discusión.

Uno de los defectos más habituales en los informes que recibo de mis alumnos es el uso frecuente —a veces casi exclusivo— de párrafos de una o dos frases. Esto significa que los párrafos contienen tema pero no discusión. Al dar ideas pero sin explicaciones el escrito se convierte en dogmático; al faltar ejemplos y detalles se convierte en seco; al ser una sucesión continua de ideas se convierte en denso y pesado. En resumen, se convierte en difícil de leer y entender.

Por suerte este defecto es fácil de detectar. Corregirlo tampoco es difícil una vez coges práctica a lo que debe ser la discusión. Existen muchas maneras de hacer la discusión: el tema puede ser una idea y la discusión ejemplos concretos, o una causa y los efectos que produce, o una idea y los motivos por lo que es correcta, *etc.* Id leyendo y os fijaréis en los distintos modelos que podéis encontrar.

Todo buen párrafo debe tener una idea concreta que articula claramente el contenido del párrafo. Lo vamos a llamar la *punta* del párrafo. Un párrafo sin punta es un párrafo romo, sin calidad. La punta no es lo mismo que el tema del párrafo. Es fácil confundirlo ya que a menudo coinciden, pero no es necesariamente así. El tema indica sobre qué se va a hablar en el párrafo, la punta es la conclusión que debe extraerse de él.

Como hemos dicho anteriormente, la punta a menudo coincide con el tema. Esto no es extraño, sobre todo en párrafos cortos, ya que si realmente no vamos a explicar un tema muy complejo, en una frase podemos indicar tanto el tema a tratar como la idea concentrada. Si la punta no coincide con el tema del párrafo suele ser por uno de dos motivos. Si tenemos un párrafo muy largo normalmente el tema no se introduce en una frase sino que consta de varias. La punta en este caso ha de ser la última frase del tema. El otro motivo se da cuando la idea que explicamos en el párrafo la vamos construyendo durante el párrafo. En este caso la parte introductoria nos indica el tema del párrafo pero no tenemos todos los elementos para poder indicar la punta hasta el final. En este caso la punta debe ser la última frase del párrafo.

Veamos unos cuantos ejemplos. El tema se indica con letra cursiva, y la punta con negritas. Empecemos por el caso más común de tener la punta al principio del párrafo. Veamos dos ejemplos, (ambos de “Detentar” en “El Dardo en la Palabra” de Lázaro Carreter). En nuestro primer ejemplo, vemos un caso en el que el tema es de una frase y coincide con la punta:

Este tecnicismo [detentar] debió de tener poca vida fuera de

los foros, hasta hace relativamente pocos años. Cuando aparece en la literatura, es siempre en contextos que aluden a cuestiones legales: “Para seguir cebando su apetito / de torpes goces, el poder *detentan* / esos malvados que la leyes hacen”, escribía Tamayo y Baus. En 1906, Vazquez de Mella alertaba así al pueblo, con dudosa gramaticalidad en la construcción del verbo: “Ahí, en esos presupuestos de esos partidos que se llaman liberales, tenéis quince millones de pesetas que *os detentan*”. Muchos textos, con idéntica exactitud en el uso del vocablo podríamos aducir. Los datos de América que conozco, dan también la mayoría a quienes han sabido emplearlo correctamente.

En el caso de tener un tema de más de una frase, como hemos dicho, la punta es la última frase del tema:

No es muy importante para el idioma esa desustanciación del vocablo: cosas más graves le suceden. Pero apenas que un aparato de precisión se convierta en objeto de chapuzas. El uso actual de *detentar* es una neología absolutamente inútil. Los juristas van a quedarse sin una pieza que necesitan, y los no juristas poseemos otras para decir mejor lo que queremos. Hay una tendencia generalizada en todo a destruir matices, a mellar filos, a rematar las cosas con rebordes gordos. Es lo fácil, lo rebañego, lo espeso; lo que gusta.

Veamos ahora dos casos en el que la punta está al final. En el primer ejemplo, el autor no puede poner la punta al principio, porque no se entendería la referencia al humanitarismo:

De un editorial de El Mundo de 9/8/98

La Justicia no debe obviar las circunstancias en que se producen los hechos que se juzga. Y éstas pueden conferir muy distintas significaciones a lo presuntamente delictivo. Más de la mitad de los reclusos españoles padece alguna toxicomanía. Y los programas de desintoxicación que ofrece la Administración no siempre se aplican con la rapidez y la especificidad necesarias. A veces, incluso, su dispensación se supedita al buen comportamiento del preso, como ha denunciado la asociación Madres Contra la Droga. En esas condiciones no tiene nada de extraño —y tampoco de censurable— que haya quien, enfrentado con el sufrimiento de su familiar recluso, trate de hacerle llegar fármacos que lo libren de la angustiada ansiedad producida por el síndrome de abstinencia. Es un

rasgo de solidaridad imposible de objetar. Al reconocerlo así el Tribunal Supremo dignifica la Justicia: **si la Ley contrariara los dictados del humanitarismo, perdería su sentido.**

Este último ejemplo es el menos claro. La punta tanto podría ser la última frase del tema, como la última del párrafo. Me he decidido por la última del párrafo por dos motivos: primero, porque la última frase del tema dice poco, y segundo, porque al leer el párrafo quitando las dos candidatas a punta, me pareció que perdía más concreción al quitar la última del párrafo.

De “El Conde-Duque de Olivares” de G. Marañón. Tercer párrafo del Capítulo VI

*La versión habitual sobre el Conde-Duque nos le presenta como un hombre altivo y astuto, en permanente actitud de acecho o de inaccesible soberbia, que sólo cayó cuando, violentamente, le arrojaron del usurpado Poder. Y la realidad de su espíritu era muy otra. No nos puede extrañar esta deformación de la verdad, aunque estamos habituados al espectáculo de la leyenda que se forja sobre el carácter de las grandes figuras de cada época, y muy singularmente de las políticas. Lo que sorprende en Don Gaspar de Guzmán [el Conde-Duque] es que esta deformación haya persistido hasta nuestros días, cuando los motivos pasionales que la forjaron hace tiempo que están extinguidos. El estudio de los numerosos documentos revelados en estos últimos años, muchos de ellos por nosotros, nos permite, en efecto, adivinar detrás del monstruo sombrío que nos legó la tradición, un hombre lleno de torturas interiores, de profundidades afectivas, de contriciones patéticas que, ciertamente, disimulaba cuando subía al escenario de la vida pública a representar su papel de ministro todopoderoso; pero que han quedado vivas en sus cartas y escritos íntimos y aún en muchos de sus gestos históricos. Algunas de estas inquietudes las percibieron sus contemporáneos; pero fueron, maliciosamente, interpretadas como tretas de su astucia. **Y son, en realidad, lo más sincero de su vida y lo que, subterráneamente, anima y da acento a su actuación oficial.***

Cuida el principio de tus párrafos: Un buen párrafo tiene una cadena de conceptos consistente, aparte de otras cadenas temáticas. Estas cadenas se introducen en la zona de énfasis de la(s) frase(s) que introducen el párrafo. Consideremos párrafos que empiecen por estas frases que parecen sinónimas:

“ Cuando sólo tenía 5 años, Carl Friedrich Gauss asombró a su maestro

deduciendo instantáneamente la fórmula de la suma de una sucesión de n términos”

“Deduciendo instantáneamente cuando sólo tenía 5 años la fórmula de la suma de una sucesión de n términos, Carl Friedrich Gauss asombró a su maestro”

“Carl Friedrich Gauss asombró a su maestro deduciendo instantáneamente la fórmula de la suma de una sucesión de n términos cuando sólo tenía 5 años, ”

La primera frase dará lugar a un párrafo que hable de la sucesión de n términos o de otros logros de Gauss. La segunda a lo genial y asombroso que fue Gauss, y la tercera a lo precoz que fue Gauss

Haz que la línea argumental de tu escrito sea fluida y coherente: Cogiendo sólo los temas (y la punta si no es parte de él) podemos ver claramente la línea argumental de nuestro documento.

De *Valorar positivamente (o negativamente)* de Fernando Lázaro Carreter (el texto completo está al final de este documento).

Cuesta mucho trabajo imaginar cómo la Humanidad ha podido atravesar siglos y edades sin cosas tan imprescindibles como son el aire acondicionado, la residencia secundaria, el vídeo y los refrescos caudatos. Con cola, quiero decir.

Si, aunque resulte increíble, quienes hablaban español se atrevían años atrás, a tratar de casi todo (los que tenían y sabían y seguimos teniendo y sabiendo).

Los políticos de esos siglos oscuros que llegan casi hasta nuestros días tampoco eran particularmente despabilados.

¡Qué mancos de expresión aquellos políticos viejos, Edad de piedra del lenguaje político, la cual, por desidia, había de acabar como acabó.

Pues bien, desde hace algunos años, nuestro neolenguaje neopolítico se ha enriquecido con un instrumento de precisión japonesa: *valorar positivamente (o negativamente)*. Cruz y raya, más y menos, exactitud muy propia del *esprit de géometrie* reinante.

Pieza admirable, asombrosa, esta singular expresión. ¿Qué cabía hacer antes?

Difícilísimo hallar la declaración justa, contando con el idioma pobre de nuestros padres. Y aquí está la solución: «Nuestro partido *valora positivamente* la decisión del Gobierno».

Pero, jugando con el invento, pueden observarse, de modo muy didáctico, las ventajas del gran hallazgo verbal. Por lo menos son estas:

1. Es un tecnicismo sólo apto para profesionales. No intentemos, pues, juzgarlos: basta con que los votemos.
2. El carácter neutro, nada emotivo de *valorar positivamente* o *negativamente*, permite introducir en las relaciones entre contrarios una fría cortesía.
3. Ahorra esfuerzo mental, exonera de buscar matices, deja la sustancia cerebral en reposo, no causa alteración del proceso digestivo.

Son, como vemos, abundantes ventajas de las cuales tal vez sabrá aprovecharse el idioma general. No nos preocupe si privamos a los políticos de su utensilio: ya se fabricarán otro. No cesan de discurrir para no discurrir.

Si ahora lees el texto verás que el resumen creado de esta manera recoge *todas* las ideas esenciales, pero sin las matizaciones y detalles que dan riqueza al escrito completo.

4. Estructura y otros conceptos globales

Que todas tus secciones tengan una idea principal: Cada sección, al igual que cada párrafo, tiene una cadena de conceptos consistente, aparte de otras cadenas temáticas. Estas cadenas se introducen en la zona de énfasis de las frases que introducen los primeros párrafos de la sección. Y al igual que en los párrafos, cada sección tiene una idea principal que concentra y resume el contenido de la misma. Esta idea sólo puede estar en dos sitios: o es la punta del último párrafo de la sección introductoria, o es la punta del último párrafo. En el caso de “Business class y otras sevicias”, la idea controladora es la punta del segundo párrafo, y en el de “Detentar”, es la punta del penúltimo párrafo ya que el último es claramente una *coda*.

Hemos dicho que la idea principal puede ir en uno de dos sitios, pero cuanto más larga es la sección, más importante es que la idea principal esté al principio. Un documento es mucho más legible si el lector tiene claro cuál es la idea que se expone y puede valorar desde esa luz todas las afirmaciones, datos, argumentos. Y viceversa, es muy molesto leer un texto mientras te preguntas “¿Y esto, para qué me lo cuenta?”.

Escribe una introducción completa: ¿Qué le falta a la siguiente introducción?

Durante la guerra fría las supercomputadoras realizaron un papel relevante a nivel mundial. Las potencias mundiales buscaban tener la hegemonía en la carrera armamentística y espacial. A raíz de esto, se necesitaban grandes y potentes computadoras, llamadas supercomputadoras, para realizar simulaciones de todo tipo, que hicieran que el país descubridor de un nuevo hallazgo fuese la primera gran potencia. La intensa demanda computacional que implicaba esto, combinada con la necesidad de obtener rápidos resultados dieron lugar a que el coste de las supercomputadoras no fuese obstáculo.

Cuando la guerra fría acabó, parecía que sería el fin de las supercomputadoras. Pero fue entonces cuando un banco notificó que podría procesar más transacciones con una supercomputadora que con un *main-frame*, y una fábrica de aluminio vio que podría determinar la duración de la vida promedio de ciertos elementos haciendo simulaciones sobre ellos, etc.

Esto dio pie a que compañías fabricantes de supercomputadoras que estaban a punto de desaparecer, volvieran a resurgir y fuesen evolucionando a través de los años dando lugar a las supercomputadoras de hoy en día.

En este sentido, voy a dar una serie de ejemplos de hasta donde ha evolucionado el mundo de las supercomputadoras, dando una descripción de cada una de ellas.

Para entender cada computadora, voy a definir los tres tipos de arquitectura de Procesamiento Paralelo.

Una buena introducción debe constar de tres partes: un contexto, la definición de un problema, y la solución encontrada y que se presentará en el documento. Claramente en el ejemplo anterior faltaba la definición de problema. Por eso no acabamos con una idea clara de qué es lo que pretendía contarnos el autor en su informe. Además es conveniente que la definición del problema venga acompañada de una explicación del coste que representa no resolverlo. Puedes identificar claramente estas partes en la siguiente introducción:

Como parte de su programa de *Mejora Continua de la Calidad* (MCQ), en Motodyne Computers intentamos rediseñar la interfaz de usuario del sistema de ayuda en-línea Unidyne. Las especificaciones de la interfaz exigen el uso de iconos de autoexplicativos que permita que los usuarios identifiquen su función sin necesidad de etiquetas ni explicaciones

adicionales. Motodyne tiene tres años de experiencia en el uso del conjunto de iconos actual, pero carece de datos que muestren cuáles de ellos son autoexplicativos. Sin estos datos no podemos determinar qué iconos debemos mantener sin modificar y cuáles debemos rediseñar. Este informe presenta datos de 11 iconos, mostrando que cinco de ellos no son autoexplicativos.

Ten piedad del pobre lector: No escribimos para nosotros, sino para nuestro lector. Para poder escribir bien debemos tener presente lo que sabe, lo que le interesa. También debemos esforzarnos para simplificar su lectura lo más posible. Un pequeño detalle ilustrativo. Recordamos la frase

La puesta en marcha del FIVA (Fichero Informático de Vehículos Asegurados) es ya una realidad.

El lector primero lee la sigla FIVA y durante un instante no sabe de qué es lo que le hablamos. Por suerte, enseguida se lo contamos. Pero es más fácil para él leer

La puesta en marcha del Fichero Informático de Vehículos Asegurados (FIVA) es ya una realidad.

Podéis pensar que este es un detalle nimio, que este pequeño cambio no puede representar la diferencia entre un escrito bueno y malo. Y es cierto (aunque cuando en vez de a continuación se explica un término unas líneas, párrafos o incluso páginas después el error es mucho más grave). Pero muchos pequeños cambios de este estilo sí que representan un cambio muy grande como vemos en el siguiente ejemplo.

Partamos de esta explicación de la contracción muscular.

Un entendimiento de la activación de grupos musculares depende de la apreciación de los efectos de los calcio-bloqueadores. Las proteínas actina, miosina, tropomiosina y troponina forman el sarcómero, la unidad básica de contracción muscular. Sus filamentos gruesos están compuestos de miosina, que es una proteína ATPasa o productora de energía. La actina, tropomiosina y troponina forman sus filamentos finos. Hay una asociación cercana entre las proteínas reguladoras, tropomiosina y troponina, y la proteína contráctil, actina, en el filamento fino. La interacción de la actina y la miosina está controlada por la tropomiosina. La Troponina I, que participa en la interacción entre la actina y la miosina;

la Troponina T, que liga la troponina a la tropomiosina; y la Troponina C, que liga el calcio constituyen las tres cadenas peptídicas de la troponina. Un cantidad por encima de 10^{-7} en la concentración mioplasmática del Ca^{++} lleva a su ligazón a la Troponina C. Las fuerzas inhibitorias de la tropomiosina se eliminan, y la interacción compleja de la actina y la miosina se manifiesta como una contracción.

Notamos, por ejemplo, que en la primera frase habla de los calcio-bloqueadores, término que no se explica hasta el final. Y esto se repite para casi todos los términos. Comparadlo con esta otra versión de la misma explicación:

Para contraerse los músculos usan calcio. Entendiendo lo que hace el calcio nos lleva a entender cómo los músculos se ven afectados por los medicamentos que bloquean el calcio.

La unidad fundamental de la contracción muscular es el sarcómero. El sarcómero tiene dos filamentos, uno fino y otro grueso. Estos filamentos están compuestos de proteínas que causan y previenen la contracción. Dos de estas proteínas hacen que el músculo se contraiga. Uno está en el filamento fino —la proteína actina—. La otra proteína está en el filamento grueso —la miosina, una proteína productora de energía o ATPasa—. Cuando la actina del filamento fino interacciona con la miosina en el filamento grueso el músculo se contrae.

El filamento fino también tiene proteínas que inhiben la contracción. Son las proteínas llamadas troponina y tropomiosina. La troponina tiene tres cadenas peptídicas: la Troponina I, la Troponina T y la Troponina C.

- (1) la Troponina I participa en la interacción entre la actina y la miosina;
- (2) la Troponina T liga la troponina a la tropomiosina;
- (3) la Troponina C liga el calcio.

Cuando un músculo se relaja la tropomiosina en el filamento fino inhibe que la actina, que también se encuentra en el filamento fino, pueda interaccionar con la miosina en el filamento grueso. Pero cuando la concentración de Ca^{++} en el mioplasma del sarcómero es superior a 10^{-7} , el calcio enlaza con la Troponina C. La tropomiosina entonces ya no inhibe la interacción de la actina y la miosina, y el músculo se contrae.

A menos que seáis expertos en bioquímica, habréis encontrado esta segunda explicación mucho más clara. Lo importante a notar es que hay exactamente la

misma información en la primera explicación que en la segunda. Teniendo piedad del pobre lector, en la segunda se han pasado los términos técnicos al final de la frase, después de la explicación, y se han hecho explícita información que en la primera sólo es implícita, por ejemplo que el sarcómero tiene filamentos gruesos y finos. Como veis estas pequeñas diferencias, que simplifican la vida al lector, al acumularse consiguen cambios enormes en la legibilidad del escrito.

Todo buen escrito tiene *una* idea que resume y concentra el contenido del escrito: No te confundas, cuando escribes un documento, sea un breve informe, una columna para un periódico o un libro entero, lo que estás haciendo es exponer y explicar una única idea. No dos, no tres; sólo una. No es que sólo haya una idea en todo vuestro escrito, sino que todas las demás ideas están subordinadas a esa una que queréis contar. Esta idea recibe diferentes nombres. Muchos la llaman la *tesis* del escrito, pero nosotros, para enfatizar que la idea regula y controla a las demás, la llamaremos la *idea controladora*.

La idea controladora no es un pliego de intenciones. No es una idea controladora una frase como la siguiente:

Voy a hablar de la cría de caballos en Abisinia y de los problemas que tienen.

Esto puede que resuma tu escrito, pero es neutra: podría haber una infinitud de informes con esta idea controladora. No se presenta qué es lo que es particular a tu informe.

Una idea controladora tampoco es una afirmación simple:

Los discos duros son buenos

Esta frase no es neutra, pero es demasiado general como para poder ser una idea controladora.

Ninguna de estas dos frases sirve como centro y pivote de tu informe. Partiendo de estas frases se puede llegar a multitud de conclusiones diferentes. No te permiten decidir si un fragmento ayuda a llegar a tus conclusiones o sólo es información adicional.

Una frase que sí cumple las condiciones de idea controladora es la siguiente:

El tráfico y sus problemas asociados están creciendo muy rápidamente y o hacemos todos un esfuerzo ahora o a medio plazo habrá que tomar medidas drásticas y desagradables.

5. Algoritmo para escribir

1. Haz una lista de actores principales. Decide cuál es tu punto de vista
2. Haz una lista *corta* de los conceptos principales. Alrededor de cada uno agrupa conceptos adicionales asociados. De aquí saldrán tus líneas temáticas.
3. Si tienes una Idea Controladora escríbela como una frase. Los conceptos principales deben ir hacia el final de la frase. Si no la tienes vete a 8
4. Divide el problema en segmento manejables, cada uno con sus conceptos y caracteres propios
5. Decide donde va a ir tu Idea Controladora, si al principio o al final. Si va al final, decide qué vas a poner al principio.
6. Mientras escribes, repasa de cuando en cuando tus líneas temáticas y conceptuales.
7. Al acabar el primer borrador determina si la Idea Controladora al finalizar es la misma que tenías pensada. Busca sobre todo palabras nuevas que han aparecido en ella. Si no son iguales, decídete por una de las dos.
8. Escribe y reza.

6. Anexo: Texto completo de *Valorar positivamente*

Valorar positivamente (o negativamente)

Fernando Lázaro Carreter

Cuesta mucho trabajo imaginar cómo la Humanidad ha podido atravesar siglos y edades sin cosas tan imprescindibles como son el aire acondicionado, la residencia secundaria, el vídeo y los refrescos caudatos. Con cola, quiero decir. Sin estos especialmente, bebiendo sólo agua para refrescarse. Víctima insigne de tal carencia fue don Felipe el Hermoso, tras la sudada del partido de pelota. ¿Cómo es posible que no pereciera la especie, de ese o semejante modo? Pues aún resulta más difícil concebir cómo los hispanohablantes fueron capaces de expresarse sin poseer esas palabras, delicias nuestras, que desde hace poco nos permiten, por fin, ser exactos e inequívocos en la comunicación. Sin salir de aquellas épocas áureas, ¿cómo tratarían la unión de las Coronas de Aragón y de Castilla, si no disponían de la palabra *tema*, si no podían hablar del *tema de los reinos*? Por eso les salió tan mal aquello, y tenemos que andar corrigiéndolo. «En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo. . . » Se justifica que no leamos ese libro donde se derrocha tanta imprecisión; hoy podría decirse, con elegancia suma, que descubrieron el *complejo harinero* de Montiel.

Si, aunque resulte increíble, quienes hablaban español se atrevían años atrás, a tratar de casi todo (los que tenían y sabían y seguimos teniendo y sabiendo), sin registros *rutinarios*, sin que *culminara* lo que, simplemente, concluía; sin hacer caso de ciertas cosas, pero no *ignorándolas*, sin embargo; sin pensar que era histórica cualquier decisión de trámite; jamás los zalameros juzgaron que fuera *alcaldable* Pedro Crespo, y Carlos III no *remodeló* Madrid: se limitó a adecentarlo. No se *reinsertaron* los emigrados liberales muerto el Rey Felón, únicamente se reintegraron a su patria. Discutían unos con otros asuntos concretos, pero les faltaba el matemático adjetivo *puntual*. Lope de Vega jamás dijo que la belleza de Elena Osorio era *importante*; extraña cómo ha durado tanto su fama de hermosa, y la de sus amóres con el Fénix, que nunca constituyeron un *romance*. El cual, por cierto, terminó, y no *finalizó* ni *culminó* dejando honda huella en el poeta; no lo *impactó*, porque no conocían este vocablo aquellos desgraciados.

Los políticos de esos siglos oscuros que llegan casi hasta nuestros días tampoco eran particularmente despabilados. Llamaban con rudeza *cuestión social* a los conflictos sociopolíticos. Torpes. Se referían a la *diversidad de partidos* sin sospechar que eso se denominaría arco parlamentario. Los *dirigentes* aún no eran líderes, ni los jabalíes *oradores incisivos*; un conjunto de leyes no constituía un *paquete legislativo*.

Por cierto, que aquellas no *contemplaban* nada; se limitaban a disponer u ordenar. Las demandas aún no se exponían en *plataformas*. Los jefes celebraban reuniones y no *cumbres*, y había paro y no *desempleo*. (Choca que un político joven, como es el presidente del Gobierno, empleara el vocablo *paro* en su discurso de investidura, y añadiera, desafiando a la modernidad. «No intentemos disfrazar su crudeza con el término menos agresivo de *desempleo*». No es menos agresivo; es más «guay».)

¡Qué mancos de expresión aquellos políticos viejos, que acordaban y no *consensaban*, que hacían conjeturas o cábalas, sin *especular*, que se comunicaban sin *contactar*; cuyas discusiones versaban de hechos, sin alcanzar a ser *factuales*; que sólo aspiraban a dirigir organismos, sin que los *entes* se les pasaran por la cabeza; que se coligaban, gesto de menos amplitud que *coaligarse*; que manifestaban su aquiescencia a un proyecto de ley, sin sentirse obligados a *darle luz verde*. Edad de piedra del lenguaje político, la cual, por desidia, había de acabar como acabó.

Démonos cuenta de que ni siquiera a los intereses de partido sabían llamarlos *partidarios*. Asombra pensarlo. ¿Cómo podía arrebatarse Maura con su oratoria, diciendo, por ejemplo, en 1901: «Se nos impone la necesidad de que el patriotismo hable por encima de todas las voces *de partido*»? Inconcebible.

Pues bien, desde hace algunos años, nuestro neolenguaje neopolítico se ha enriquecido con un instrumento de precisión japonesa: *valorar positivamente* (o *negativamente*). El Gobierno, digamos, entra anunciando un referéndum sobre nuestra permanencia en la OTAN. El PC *valora* este anuncio *positivamente*, y AP lo *valora negativamente*. El mismo Gobierno, digamos, tras sesudo replanteamiento de la cuestión, frena y se inclina por permanecer en la OTAN; el PC, entonces, carga el verbo *valorar* con una raya, y AP con una cruz. Cruz y raya, más y menos, exactitud muy propia del *esprit de géométrie* reinante.

Pieza admirable, asombrosa, esta singular expresión. ¿Qué cabía hacer antes? Volvamos al ejemplo. El Gobierno socialista decide, renunciando por una vez a gran parte de sus votos, que no hay salida en el «tema OTAN»; y ello requiere un comentario, una declaración, un algo por parte de los conservadores. ¿Qué podrán decir disponiendo sólo del antiguo arsenal lingüístico? Puesto que la rectificación gubernamental les ha gustado muchísimo deberían soltar el chorro de la alegría y proclamar, por ejemplo: «Nos sentimos felices por la sensibilidad atlantista del Gobierno». Resultaría horrible; hay que enfriar el tono. «Compartimos enteramente el parecer del Gabinete.» Ya suena mejor, pero ¿es que la oposición puede compartir algo con sus opuestos? «Estamos conformes con lo decidido por los socialistas»; «creemos que el Gobierno ha adoptado una decisión correcta. . . ». Son fórmulas posibles; no reflejan, sin embargo, un fundamental detalle: que la oposición siempre había defendido la permanencia en la OTAN, y que, por tanto, precedió en el Go-

bierno en el acierto. Tratemos de expresar a la antigua este matiz: «Felipe González se adhiere a nuestra postura». Excesivo. «El Gobierno se apea del burro y nos da la razón.» Vulgar; y obviamente falso, porque la razón se la ha dado a Mr. Reagan.

Difícilísimo hallar la declaración justa, contando con el idioma pobre de nuestros padres. Y aquí está la solución: «Nuestro partido *valora positivamente* la decisión del Gobierno». No necesito advertir que se trata sólo de un ejemplo inventado: no me consta que tal proclamación haya sido hecha así por los conservadores hispanos. Incluso no he observado en ellos una proclividad especial a esa sandez, frecuente, en cambio, en la jerga sindical. Pero, jugando con el invento, pueden observarse, de modo muy didáctico, las ventajas del gran hallazgo verbal. Por lo menos son estas:

1. Es un tecnicismo sólo apto para profesionales. Estos, al utilizarlo, junto con otros de tal estirpe, marcan la distancia enorme que los separa del común ciudadano. No intentemos, pues, juzgarlos: basta con que los votemos.
2. El carácter neutro, nada emotivo de *valorar positivamente* o *negativamente*, permite introducir en las relaciones entre contrarios una fría cortesía. Hoy por mí, mañana por ti.
3. Ahorra esfuerzo mental, exonera de buscar matices, deja la sustancia cerebral en reposo, no causa alteración del proceso digestivo.

Son, como vemos, abundantes ventajas de las cuales tal vez sabrá aprovecharse el idioma general. «Mira qué calcetines te he comprado», dirá un día la esposa al esposo. «Los *valoro positivamente*», podrá contestar este, suprimiendo el «son muy bonitos» o el «me gustan mucho», el «parecen muy abrigados» u otros comentarios así de pueriles. No nos preocupe si privamos a los políticos de su utensilio: ya se fabricarán otro. No cesan de discurrir para no discurrir.